

sistencia que al crecimiento. Según el autor, los pensadores medievales no consiguieron superar el concepto del trabajo de los esclavos como actividad corporal. Pero aunque el pensamiento pareciera atascarse, no lo hizo ni la vida económica, ni la semilla que el cristianismo plantó en torno a la dignidad humana, por lo que, a pesar de todo, el pensamiento hubo de seguir avanzando.

Las transformaciones del mundo Moderno favorecerían un progresivo cambio en la concepción del trabajo, sobre todo al hilo del crecimiento del comercio, de la burguesía, de las nuevas nociones sobre el hombre que introdujo el protestantismo y de los nuevos intentos de solucionar el problema de la pobreza. El cambio fundamental lo centra el autor en la consideración no de la aversión al trabajo de los esclavos y el refugio en una minoría (los señores), a quienes sería dada la posibilidad de contemplación, como hasta entonces, sino en la consideración de la condena universal al trabajo, consecuencia del pecado de origen. Cabe destacar en esta interpretación que se basa no en los aspectos positivos del protestantismo, tantas veces señalados (el trabajo como vocación), sino en los aspectos negativos de las creencias de los reformadores: la concepción de la naturaleza caída y la imposibilidad de alcanzar la salvación con las propias obras.

Según el autor, puede decirse que los teólogos protestantes lograban indirectamente la igualdad humana sobre la base de la común indignidad de la obligación al trabajo que provendría de la naturaleza caída. El castigo no era el trabajo, sino la misma naturaleza, a la que no le quedaba más remedio que trabajar. El trabajo dejaba de estar limitado por la consecución de un logro, como era el allegar los recursos necesarios para la vida contemplativa del señor, y pasaba a estar ordenado por la avaricia: un trabajo sin final, tanto para el antiguo señor, ahora un burgués trabajador, como para el siervo, ahora un pobre obligado a trabajar sin descanso. Los nuevos enfoques, uni-

dos a otros desarrollos filosóficos y económicos de la modernidad, acabarían por dar al trabajo un sentido puramente funcionalista y materialista que conseguiría desencadenar, entre otras cosas, la cuestión social.

Sin embargo, las visiones economicistas o simplistamente sociológicas han dado paso a un concepto más complejo y enriquecedor del trabajo. A ello se dedica el autor en el último capítulo. Para concluir que hoy en día se ve claro que el trabajo no es sólo una forma de integrarse económicamente en la sociedad, sino que, sobre todo, es un modo de entender el sentido de la propia vida, un sentido que, por supuesto, incluye la visión trascendente de la persona.

Se trata, pues, de un ensayo ambicioso y enriquecedor, por el tema tratado y el recorrido histórico que se realiza, que si bien puede plantear algunos enfoques discutibles, significa un esfuerzo inteligente y profundo sobre la urgente tarea de repensar el trabajo para poder hacer realidad una nueva forma, más humana, de convivir.

A. González Enciso

Juan MAYO ESCUDERO, *Expansión y organización de la Orden de la Cartuja. Breve historia de la Orden y sus casas desde su fundación por San Bruno en 1084 hasta el 2001*, Universität Salzburg («Analecta Cartusiana», 188), Salzburgo 2002, 298 pp.

Juan Mayo Escudero se ha convertido en los últimos años en uno de los estudiosos españoles de la Orden de la Cartuja: ha editado un número considerable de publicaciones y mantiene una estrecha relación con algunos de sus monasterios y sus monjes, lo cual le permite valorar cada vez más los profundos valores espirituales de esta forma de vida monástica iniciada por San Bruno, de cuya muerte se ha celebrado hace poco el noveno centenario (1101-2001).

La obra que aquí comentamos es una utilísima guía de todas las cartujas existentes a lo largo de los siglos, que ofrece una noticia histórica de cada una de ellas, por lo general suficientemente detallada. Toma como punto de partida el mapa elaborado por el P. Dom Hilarión Bonière en 1785. El grueso del libro, por lo tanto, lo ocupa el capítulo segundo, donde se presenta siglo por siglo el contexto histórico general y el desarrollo progresivo de la Orden, con la noticia de cada casa según el año de su fundación. Tales noticias van acompañadas de una o varias fotografías o grabados antiguos, que permiten obtener una imagen bastante detallada de los monasterios. A ello hay que añadir los cuadros y gráficas que ha realizado el autor acerca del número de fundaciones y cierres, evolución de la tipología de monjes (o «estados»: padres, conversos y donados), fundadores, etc. Al prólogo y los cinco capítulos se suman seis apéndices finales con un largo cuadro de los monasterios ordenados por año de fundación y otro muy breve sobre los de monjas cartujas, y cuatro mapas de las provincias de la Orden y sus casas, que procedentes de diversas fuentes, facilitan la visión del desarrollo de la Cartuja a lo largo del tiempo; dichos mapas, por otra parte, están luego seccionados y ampliados por provincias para que puedan ser observados con más detalle.

Aunque se puedan detectar pequeñas lagunas en cuanto a actualización de datos relativos a varias cartujas, el libro resulta de un gran interés como obra de consulta para el estudio de la Historia de la Orden, a la vez que puede ser recomendado para un primer acercamiento general a ella. En cierto modo es un anticipo independiente de la magna obra cuya publicación ha comenzado ya a editarse: el *Monasticon Cartusiense* que, bajo la dirección de los doctores James Hogg y Gerarhd Schlegel, irá saliendo a la luz en cuatro volúmenes.

S. Cantera Montenegro

José Antonio MERINO – Francisco MARTÍNEZ FRESNEDA (coords.), *Manual de teología franciscana*, BAC, Madrid 2003, 526 pp.

He aquí una ambiciosa empresa internacional, coordinada por José Antonio Merino (profesor de Historia de la Filosofía Medieval en el Pontificio Ateneo Antonianum) y Francisco Martínez Fresneda (profesor del Instituto Teológico de Murcia OFM). Ambos son franciscanos de la Observancia. Han participado Bernardino de Armellada, Juan Iammarrone, Luis Iammarrone, José Luis Parada Navas, Alfonso Pompei y Rafael Sanz Valdivieso, todos ellos también franciscanos, unos conventuales, otros observantes y uno capuchino. El objetivo era presentar las aportaciones más específicas del carisma franciscano a los distintos tratados teológicos: Trinidad, cristología, eclesiología, mariología, sacramentología, antropología teológica, teología moral y política, y estética. Aunque todos los capítulos tienen un aire histórico, en mayor o menor medida, por recorrer las principales aportaciones de los autores minoritas más destacados, el primero de ellos es el más específicamente temporal, titulado: «Textos y contextos de la Teología franciscana». De especial interés histórico es, así mismo, el capítulo cuarto, rotulado «Eclesiología».

Los autores están convencidos, y llevan toda la razón, de que «el patrimonio doctrinal y cultural de una escuela sirve en la medida que sigue alimentando el pensamiento de las diversas generaciones y es capaz de ofrecer una cosmovisión válida, eficaz y convincente para los lectores de cada época». Es evidente que el franciscanismo constituye uno de los momentos más brillantes de la vida cristiana y que su exposición ha ofrecido –y ofrece– numerosas síntesis de interés permanente. San Francisco de Asís es un maestro indiscutible de la vida espiritual, uno de los santos que ha dejado una huella más profunda en la ya bimilenaria carrera de la Iglesia *in terris*. Además, la gran fraternidad franciscana ha brindado a la cultura cristiana algunos de los teólogos más representativos de todos los tiempos. En